

DROGA

UN MUNDO DENTRO DE C



Es muy difícil curar a un toxicómano. En Singapur recurren a los viejos métodos del budismo, al olvido de sí mismos y a la renuncia a los placeres del mundo. El sistema británico permite gran libertad al enfermo, que recibe drogas con receta médica a precios de farmacia. El hospital de Singapur está lleno de viejos opiómanos.

S TRO

NO le interesa nada, ni el trabajo, ni los amigos, ni las mujeres... Sólo la droga. Ha cumplido veintitres años y parece que tiene cuarenta. Es un «mainlining», un toxicómano que toma la droga por medio de inyecciones. Se le han caído los dientes del maxilar superior y el resto de su dentadura está cariada y amarillenta.

Un toxicómano de Greenwich Village le compró una chaqueta de cuero y le pagó con cinco dólares y un grano de heroína. Así empezó todo. Algún tiempo después robaba para conseguir los treinta



SIGUE



Después de comprar la droga en una farmacia británica, los impacientes no pueden esperar más y se la inyectan allí mismo. En Gran Bretaña hay muchos toxicómanos jóvenes, sobre todo americanos que han venido desde Nueva York atraídos por las facilidades inglesas, donde la toxicomanía es asunto médico y no policíaco.

dólares diarios que necesitaba para comprar la droga. Primero en los grandes almacenes. Luego se hizo carterista. Había visto a los toxicómanos habituales, con el brazo lleno de cicatrices por los pinchazos de la jeringa, degenerados, derrotados, tirados como una escoria humana; pero estaba decidido. Cuando se enteró de cómo andaban las cosas por Londres, dejó Nueva York.

Es uno más. En Londres espera la hora en que abren la farmacia para entrar con su receta y comprar la dosis diaria. Está acogido al «sistema británico» de tratamiento de los adictos a las drogas. Un sistema elogiado por algunos, censurado por muchos, incomprendido por casi todos, al decir de sus propugnadores. La ley británica no ve la afición a las drogas como un delito que merece castigo, sino como una enfermedad que exige tratamiento médico. Los hombres que en

Nueva York están bajo la vigilancia de los agentes federales, se encuentran en Londres bajo el cuidado de un médico, que puede recetar narcóticos a los toxicómanos siempre que lo considere conveniente para su curación.

El sistema británico atrae a los toxicómanos americanos, que encuentran aquí la droga a precios de farmacia y con relativa facilidad. La Dirección General de Sanidad británica no hace distinciones entre adictos y enfermos. Un toxicómano que en Nueva York necesitaba diariamente alrededor de ciento veinte dólares (7.200 pesetas) para alimentar su afición, puede arreglarse en Londres con dos chelines (16 pesetas) si ha conseguido una receta, lo cual suele ser fácil.

Ante los detractores americanos de este sistema, los ingleses responden con estadísticas. La política punitiva del Negociado

Federal de Narcóticos de los Estados Unidos, aducen, no resulta en la práctica, a pesar de que los toxicómanos están expuestos a ir a la cárcel y pueden ser condenados a prisión por un año, en primera condena, e incluso hasta diez años en la segunda. Acaso podría hacerse una comparación con la Ley seca, que favoreció el desarrollo del gangsterismo y creó verdaderos obseos de la bebida. El noventa por ciento de los toxicómanos sometidos a tratamiento en el Hospital de Salud Pública, de Lexington (Kentucky), acaban por volver a las drogas. Las mismas prohibiciones, la dificultad y el elevado precio de ellas hacen que el adicto sea frecuentemente un delincuente en potencia, que está dispuesto incluso a matar por conseguir su ración diaria. El Negociado Federal da una cifra de toxicómanos «oficial»: 57.000. Los cálculos no oficiales, posiblemente mucho

más cercanos a la realidad, rozan los 200.000. El negocio es impresionante: alrededor de este submundo se mueven cada año unos trescientos cincuenta millones de dólares (21.000 millones de pesetas). Es un submundo que limita con la corrupción de la Policía, con la prostitución, el robo, el juego y el asesinato. Entre los drogados de los barrios bajos neoyorkinos se reclutan los peones del crimen. El campo está bien abonado para ello.

Pero tampoco el sistema británico ofrece resultados espectaculares. Es muy difícil desarraigarse la afición en un adicto. En Thorpe (Surrey), cerca de Londres, la comunidad anglicana de Santa María lleva decenas de años atendiendo un centro modelo de recuperación. Monjas y enfermeras seculares se ocupan de la rehabilitación de mujeres alcohólicas y toxicómanas.

—Los adictos a las drogas —di-

DROGAS

ce la superiora—, durante el tratamiento, son como mariposas clavadas con un alfiler. Vamos quitándoles las drogas con tanto cuidado, empleando distintos sustitutos —a opio y morfina, entre otros—, que al final no se dan cuenta de ello.

Desde 1955, Spelthorne Saint Mary ha tratado a 135 toxicómanos. De 16 adictos a la heroína y morfina, seis están todavía alejados de la droga. En Spelthorne nunca hablan de «curados», sino de «alejados». Si alguien pregunta cuándo puede considerarse curado un toxicómano, las enfermeras responden simplemente:

—Cuando muere.

El toxicómano, que siente necesidad de la droga, siente también la necesidad de ir aumentando constantemente las dosis. Los traficantes lo saben. No hay un mercado tan seguro como el suyo, una clientela tan fiel. Por eso, la Interpol, en una asamblea celebrada en septiembre de 1966, daba como primera de sus ocho recomendaciones para combatir el uso de las drogas, el descubrimiento y destrucción de todo cultivo o producción ilícita de adormidera, coca y cannabis. Atacar el mal de raíz. Aplicar (recomendación número 5) con mayor severidad las leyes existentes contra los traficantes de estupefacientes.

Un tópic, no descaminado, sitúa en el Lejano Oriente el «paraíso» de las drogas. Claramente, toda la literatura vertida sobre ello ha deformado la realidad, pero la llamada «zona de Yunnan» sigue siendo todavía un gran centro de producción clandestina. Desde Birmania, Tailandia, Laos, parten quizá algunas de las más grandes corrientes exportadoras de estupefacientes. Hong-Kong, Japón y Formosa son centros consumidores. En 1965 —según datos de la O. M. S.— se decomisaron en Singapur 348 kilos de opio brutos, hubo 74 procesos por tráfico ilícito, con multas que llegaron hasta los mil dólares y penas de prisión de varios años. Mucho de ese opio era para ser transformado después en morfina y heroína. Los precios, al por mayor, varían según la calidad del producto. El «opio yunnan» valía hace un año a cuarenta y cinco dólares la libra; el opio «India-Pakistán» costaba casi el doble: ochenta y seis dólares.

Es difícil el tránsito de los estupefacientes, pero los traficantes están muy bien organizados. Las pérdidas del negocio —por incautaciones de la

SIGUE



El toxicómano vive una existencia aparte del mundo, está en un submundo dentro de la vida normal, que a veces limita con la delincuencia y el crimen. Esta joven no cuida de ocultar su hábito y prepara la droga en plena calle, a la vista de todos.

lo quiero
crilenka®

crilenka

Todos los que gustan de la moda joven y práctica querrán prendas de punto Crilenka. Nuevas prendas suaves, transpirables, ricas en matices de color y ¡tan atractivas!. Este verano y...

... todo empezó con
crilenka®
la primera fibra acrílica española

® fibra acrílica producida por Cusenka, S. A. Solicite información a Iberenka, S. A. Aparado 1000 - Barcelona



En el hospital de Singapur, los viejos opiómanos pasan parte del día en el solarium, acostados sobre el suelo con la cabeza apoyada en una tabla. Los enfermeros vigilan el reposo, látigo en mano: los métodos budistas tienen como se ve alguna variante.

DROGAS

Policía, por ejemplo— están previstas y quedan sobradamente compensadas con la sobrecarga que suele llevar el precio. Los sistemas de transporte e introducción varían. A veces, se tiran paquetes al mar desde aviones particulares que luego recogen «inofensivos pescadores». Pero el sistema no parece seguro; es mucho mejor acogerse a la solvencia de las líneas marítimas y aéreas y llevar la carga por medio de pasajeros. Tailandia es tal vez el mayor centro de tránsito. En 1965 fueron decomisadas allí seis toneladas. Desde esta base los estupefacientes se reparten a otras zonas de tránsito o de consumo por todos los medios. Algunas partidas de cien a doscientas libras van en coches y camiones. Cuando se incrementó la vigilancia de las carreteras volvió a valorarse el transporte mediante los juncos, usados hace siglos. También desde Tailandia salen barcos pesqueros con grandes partidas.

Un sistema muy utilizado para llevar estupefaciente hasta los Estados Unidos, vía Europa, era el de los emigrantes. Los pequeños paquetes traídos desde Oriente Medio se confiaban a un emigrante pobre, que, mediante una propina, se encargaba muy gustosamente de entregar «la caja con un regalo de familia» al señor que le esperaba en el puerto de Nueva York.

A primeros de abril, los aduaneros del aeropuerto de Londres descubrieron una carga de casi cincuenta kilos de haschisch, evaluados en cuarenta mil libras, escondidos en paquetes de naranjas que, desde Dakar, habían pasado por Karachi, Bagdad, Beirut y Francfort. En las investigaciones posteriores, la brigada de estupefacientes de Scotland Yard encontró a los importadores: un pakistaní de Birmingham y un indio de Surbiton. Por lo mismo días, Manfred Mann, líder yé-yé, escribía al «Times» protestando contra la «condena indiscriminada» que se hacía de las drogas y pidiendo a las autoridades que se hiciera «una distinción entre las drogas inofensivas que no crean hábito, como la marihuana, el haschisch y el cannabis, y las drogas verdaderamente peligrosas». El doctor Francis Camps, profesor de Medicina Legal en la Universidad de Londres y especialista del Ministerio del Interior, replicaba a Mann y llamaba la atención sobre su «peligrosa concepción», señalando que aunque no ponía en duda su buena fe, «no sabía en realidad de qué estaba hablando».

El profesor Camps temía que la influencia de Manfred Mann entre los jóvenes **SIGUE**



El opio ha llevado a este hombre a la mínima expresión humana: depauperado, esquelético, como un espectro, espera en el hospital una curación que a veces sólo llega con la muerte. Muchos de los que logran recuperarse acaban por volver a la droga.

DROGAS



Los opiómanos viven recluidos en el hospital, pero son sólo una pequeña parte de los muchos que hay por Singapur. Viejos y famélicos, son muy diferentes de los jóvenes adictos londinenses, aunque ambos están atacados por la misma obsesión.



En el hospital de Singapur, los toxicómanos viven en habitaciones colectivas. Aparte de la meditación budista se les ofrecen muy pocas ocasiones de entretenimiento. La radio los saca de su mundo, un mundo aparte, desarraigado de todo, obsesionante.

podría ser grave en este caso. Muchos jóvenes dados hoy a las drogas euforizantes, sobre todo desde que el L. S. D. —conocido hace mucho tiempo, pero hasta hace poco no utilizado por los toxicómanos— se impuso entre grupos numerosos de los Estados Unidos, forman acaso el núcleo más importante y temible de los adictos. Sin embargo, en los propios Estados Unidos, una ley del Estado de Nueva York que hace obligatorio el tratamiento de los drogados, que pueden ser internados para la desintoxicación por una simple denuncia, el L. S. D., la cocaína, la marihuana y algunos barbitúricos han sido excluidos de la «lista negra». Pero precisamente los euforizantes derivados del opio y de la coca son los más peligrosos y los que realmente constituyen un peligro social. La clasificación de las drogas («estimulantes», como la teína y caféina; «alucinantes», como el hashisch o cáñamo indiano; «ebriógenos», como el alcohol y éter; y «euforizantes», como los derivados del opio, coca y LSD) da idea de sus cualidades. La ley neoyorkina, que obtuvo el apoyo masivo del Parlamento de Albany, quiere considerar al drogado más como un enfermo que como un prisionero; pero en su aplicación práctica tendrán que luchar para desterrar hábitos policiales con muchos años de tradición.

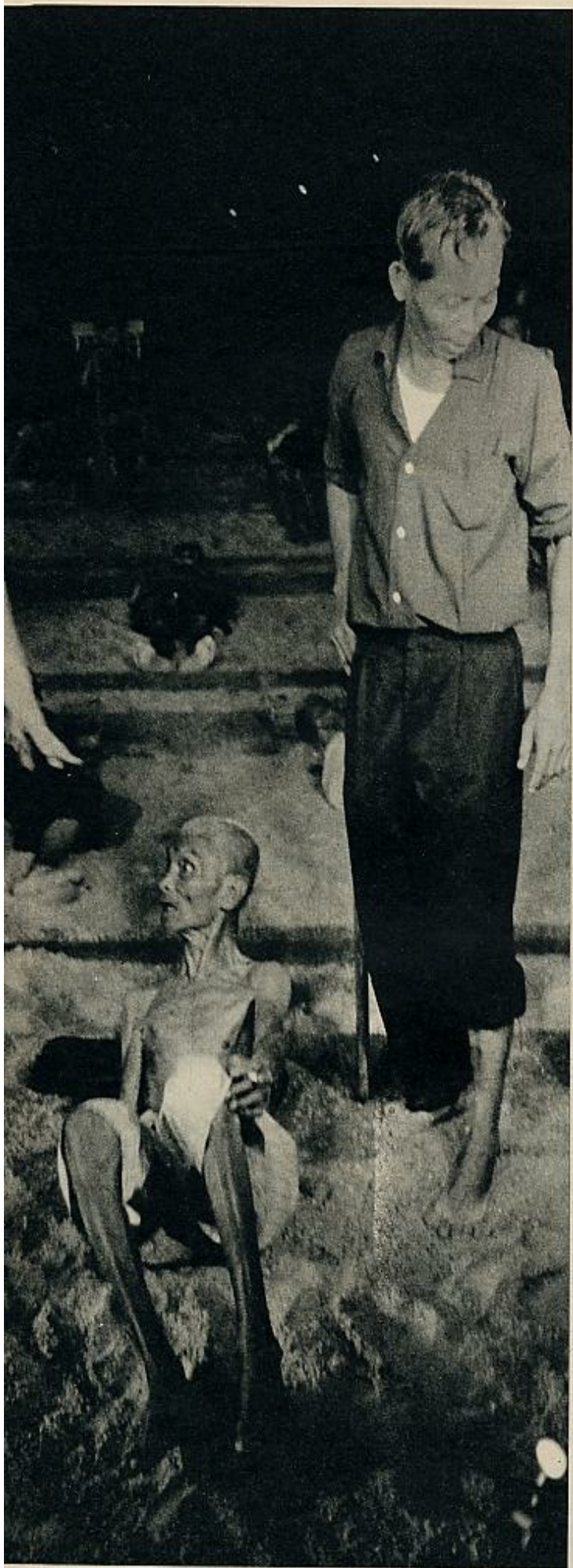
En otro sentido, es también la tradición la que opera en el tratamiento de los opiómanos de Singapur. Sólo que aquí es a veces una tradición de no violencia, de milenarismo budista, cuyas reglas de vida meditativa se aplican ahora en una clínica donde viven recluidos una pequeña parte de los toxicómanos que el Estado ha podido controlar. Las normas que el Gautama dio hace dos mil quinientos años, el olvido del deseo del placer para sumirse en el nirvana, en la paz absoluta del espíritu y la renuncia casi a la vida corporal, son la terapéutica para un hábito casi incurable. Acostados sobre tabcos de madera, esqueléticos, como espectros, los opiómanos parecen poblar un mundo de fantasmas, dantesco e insólito, que parece a los visitantes como un infierno lleno de demonios.

Entre este infierno de Singapur y los locales ye-yé, donde los teenagers londinenses juegan a escaparse de este mundo con ayuda de la droga, hay toda una teoría de toxicómanos, de personas que intentan escaparse de la realidad buscando un mundo extraño e impensable.

© AGENCIA ZARDOYA,
MONDIAL PRESS y «TRIUNFO»



El opio «yunnan» ha hecho su labor. Esto es andar, con los ojos fuera de las órbitas mi



o que queda de un hombre, convertido ahora en un muerto vivo, que apenas puede ando a un mundo poblado de demonios, extraño e impensable, de donde no se regresa.



nuevo maquillaje
 ...fluido, diafano
 intacto todo el dia!
skincolor

LANCASTER



Arrête la marche du temps